

¿QUIEN ERA BERTOLT BRECHT?

¿Quién era Bertolt Brecht? Desde su muerte no ha dejado de oírse esta pregunta, señal de que no ha encontrado aún adecuada respuesta. Su vida y su obra ocupan y preocupan más que nunca a los contemporáneos, lo que se explica por el hecho de que en la primera mitad de nuestro siglo no ha habido otro poeta que con tal pasión, con tan vigilante y penetrante conciencia de su tiempo, haya tratado y tocado las cuestiones ideológicas universales, las sociales y políticas de la época revolucionaria en que nació. Con la actitud impertérrita del científico agitó el problema del hombre de esta época, examinó la cara y el cuerpo de la sociedad, atacó sus tabús y soñó, con fervor profético, una tierra nueva, un cielo nuevo. Materialista en lo pequeño y en lo grande, su reino de los cielos era de este mundo, fundado en las tesis del marxismo y limitado por su participación filantrópica en el dolor de la existencia.

Agotado el temprano caos de su desolación y su aislamiento, encontró en el marxismo la fe que le redimió de la nada, otorgando sentido a su dolor de la vida, y a ésta misma, finalmente. Ahora bien, el marxismo de Brecht no era menos fruto de la substancia de su yo, que su nihilismo lo había sido antes. En él alentaba el viejo fanatismo europeo, el del frenético Savonarola, el del ciego furor de la Guerra de los Campesinos en Alemania, el del "bolchevismo artístico" de la crónica del año veinte de nuestro siglo. Y no sólo esto: habría que bucear en la hondura elemental de los complejos humanos de Brecht para encontrarle explicación a su tenaz asirse a las profecías de Marx sobre "la necesaria ruina de los pequeños burgueses y campesinos" y el aumento constante de la "masa de miseria, de opresión, de servidumbre, de degeneración y explotación de la clase trabajadora" ... a pesar de que la evolución de ésta, hasta la muerte de Brecht, siguiera, política, social, económica y culturalmente, la dirección contraria con la integración del obrerismo en la nueva sociedad industrial y de esta misma en el capitalismo moderno. En el mundo liberal, a Brecht no podía habersele escapado la innegable evidencia de que la clase obrera no era ya una masa explotada, ni proletarizada, sino un factor estatalmente constructivo, sólo diferenciado en educación, ocupación, responsabilidad, renta y habitación. El atisbo científico de Brecht no quiso enterarse de que "ser trabajador" a mediados del siglo xx era algo completamente distinto a serlo a mediados del xix. El mundo que engendró y describió era la creación de un literato de románticas vibraciones. Su anticapitalismo era de naturaleza ética. En su comunismo estaba implícito un ávido requerimiento religioso, con algo de la doctrina calvinista de la predestinación y su ética de la vocación. Y esto no sólo infundió carácter a su estilo de

por el Dr. MAX HÖGEL

vida; prestó aliento también a su ímpetu revolucionario, otorgándole esa seguridad interior que no repara en riesgos.

Acordés estaban Bertolt Brecht y el comunismo en la paradisiaca fe en una justicia social absoluta, como algo de este mundo. Aunque llegó, con el tiempo, a ser más escéptico en esto, mantuvo en alto, no obstante, el pabellón de su ideología. Frente a la existencia en fermento del hombre se sentía como el "espectador" que abre los ojos al ignorante, como el dialéctico que describe las pugnas, las contradicciones y tendencias de su tiempo, como profeta que vaticina las humanas realizaciones y la humana redención, por virtud propia, como salvación concreta y efectiva.

En la ideología marxista y el materialismo dialéctico reconoció la fuerza informadora de su personalidad y la premisa ineludible de su obra, su teoría y su teatro. Cumplir su requerimiento, llevarlo a la realidad, era su misión. La ética de la vieja China, sin embargo, atenuó los provocativos ímpetus de sus ganas de pelea y su virus de rebeldía, pero no apartó de su designio al ideólogo marxista que había en él, ni le indujo a renunciar a la terca porfía con que se empeñaba en demostrar, en todas las formas posibles, dónde estaba el mal de este mundo y cómo acabar con él. Se convirtió así en el incómodo adversario del aplomo egoísta, en abogado de los "oprimidos", en agudistas de la conciencia moral embotada, espina en la carne del cristiano. Al desilusionar al público del teatro, obligándole a pensar, revolucionó la escena, poniendo así a raya el imperio de las instituciones —desde la izquierda a la derecha— y granjeándose su enemistad.

Si genio equivale a laboriosidad, era genial Brecht. Comparable en esto a Zacharias Werner, uno de sus dechados arquetípicos, en incansable lid cerraba "el libertino y asceta, el salvaje y pedante a la par", contra sus enemigos, aunque a menudo éstos fueran sólo molinos de viento. Sus sermones en verso y prosa sólo eran "los borradores de la nueva religión que a la humanidad debe serle dada". Lo que en los 58 años de su vida y en pleito constante consigo mismo y con la sociedad de su tiempo, escribió y produjo este siniestro Brecht como lírico y autor de piezas, como cuentista y publicista, como hombre de teatro y teórico, como si ena de la era científica, como moralista, el índice de la admonición en alto, es enorme. Como una torre de inquietud, enhiesta en el cúmulo literario de las grandes décadas de asolación del siglo, se planta contra la luz del Este, aun en la lontananza visible, arrojando sobre Occidente una desmedida sombra. Escribió lo mejor en la contradicción, lo más hermoso en el dolor enajenado del mundo, lo más conmovedor en la compasión arrebatada. Dio al lenguaje un tono nuevo y

una fuerza que alcanzará más lejos que su éxito literario. Su lírica lo dice en la forma más pura y suya será la última palabra, Y también la escena. Al teatro le conquistó tierra virgen, hacia la que los epígonos se apresuran. Ensanchó, en suma, los conceptos fundamentales de la poética.

Las ideas, sueños, críticas y sátiras de Brecht, se volcaron en la carcerada de fermentos de su hambre de actualidad, se disolvieron en sus mixturas de calculada teatralidad y dramatismo espeluznante, mescolanzas con el éxito enorme de "La ópera de tres centavos" o mixturas de elementos heterogéneos como la "Santa Juana de los mataderos". Lo que en su obra es literatura, incluso periodismo callejero, va sumiéndose, a pedazos, en ancho caudal, por los desagües de la cultura y de la historia. Pero queda lo suficiente para que se le pueda contar entre los grandes. No se llamó a sí mismo nunca gran poeta: todo lo más simple maestro o autor de comedias. Sería absurdo querer desligar al poeta de su noción del mundo. Si poetizó el marxismo, llegó a ser también el dialéctico de la poesía. Las verdades de su arte son las verdades de su tiempo: de la primera mitad del siglo xx y de la "cuarta revolución universal" que en ella se inicia y de la que fue —y seguirá siendo— la primera gran figura poética. Como todos los innovadores, Brecht imprimió en su obra —aunque en ella se observen influencias ajenas— el sello de su individualidad. Que fuera el "realista" que pretendía ser, debemos dudar. Como todo el que quiere cambiar el mundo, se alinea entre los grandes idealistas revolucionarios. Como politizante, dejémosle entre comillas. Como político mantiene anhelante a su época, la de la asolación.

Su simple existencia es ya una admonición en el sentido de observar con cautela y crítico atisbo, dondequiera y en todo momento, las opiniones imperantes. Para mitos y complejos subjetivos no hay sitio en las piezas del revolucionario social. El amor y los sentimientos privados los sacrificó al espíritu el autor de comedias de la idea, la angustia y la soledad del hombre. Ingresará por ello en la historia del drama como poeta de una concepción ética de la vida y de una fuerza activa de la fe, capaz de mover montañas, en tiempos de interior y exterior amenaza para el ser humano. Y, sin embargo, como moralista de corazón eternamente desgarrado, ávido eternamente, al cabo sentiría también —como tantos revolucionarios sin partido— el escalofrío de la soledad espiritual.

Cuanta más luz se proyecta sobre esta inquieta y contradictoria vida, mayor es el relieve con que se manifiesta lo demoníaco de sus íntimas normas. La imagen de Brecht gana en significación y magnitud. Si bien su sueño poético de la era perfecta es también una enigmática combinación de antropocentrismo y utopía, sus

mágicas ideas establecen nexos, sin embargo, con los sistemas filosóficos, las teorías sociales y las doctrinas políticas que desde hace 200 años han moldeado la historia europea del espíritu. La cultura de su época se manifiesta en su obra con todo su carácter inconexo y deleznable. Como positivista se asió al destino de quien nació tarde en una cultura que había envejecido y lo hizo con decidido y radical impulso. Revolucionario por naturaleza, puso su decisión en lo venidero, en la auténtica historia de la sociedad sin clases que vendría tras la historia de la lucha de clases, y en la que también Marx había soñado como una época de "imperturbada evolución del hombre en su esencia, a sí misma unida de nuevo". De parecidos ideales partió Brecht en 1918. En su concepto de lo histórico se mezclaron ideas mesianicas. El "pobre B. B." sabía que somos "transitorios" y que "después de nosotros... no vendrá nada digno de mención". Pero no lo convirtió en pleito trágico entre el creer y el saber. Si de veras llegara algún día a lograrse que el hombre fuera ayuda para el hombre, que los "póstumos" le recuerden con indulgencia.

Brecht conocía sus errores, sus contradicciones y sus defectos. Los veló con maestría por recurso al disfraz o los coonestó frente a mejor saber. Pero la disensión entre saber y creer no pudo disimularla; desgarró su yo. El espíritu se convirtió en adversario de su alma. Brecht quería reeducar, quería enmendar, reformar... y olvidaba el sentido de la vida. Quería aliviar, curar... y no comprendía el sentido del dolor. Como materialista no concebía su entraña metafísica. No pudo así llegar a ser el poeta que en la sumidad última y suprema hubiera querido llegar a ser realmente, el hierofante de una religión de reconciliación humana aquí abajo, en este mundo. Cabalmente este mundo tenía que quedarle frígido, yerto, pues su credo era una religión sin Dios. Cualquiera que fuese la realidad que quisiera contemplar siempre, sabía muy bien que: "Seríamos buenos —y no tan brutos / Las circunstancias hacen lo suyo".

Ideológicamente Brecht veía al hombre con excesivo simplismo, demasiado rectilíneo y fiel a la falsilla de Marx, y no en su tensión entre naturaleza y espíritu. Frente a esta realidad se situaba Brecht con su experiencia de la condición partita, divisa, del ser humano, en contradicción consigo mismo y con los demás. Brecht se convirtió en un ser trágico. No le encontraba salida

al dilema entre el carácter ético-trágico de sus grandes figuras, un Shen Te o un Galileo, y la total negación de lo trágico por motivos ideológicos. Y así llegó a ser también trágica su ideología. En esta contradicción es Brecht muy moderno, muy actual desde el punto de vista de la historia del espíritu. Como humanista del marxismo veía su felicidad en el cambio, para mejor, de la humanidad y el mundo. Nada, en este espíritu, se manifiesta, ni como simple indicación, orientado hacia el amor del prójimo. Nos indica, más bien, que Brecht sólo amaba a un fantasma: la idea del hombre como socialista en un tiempo futuro. De su fisonomía nada nos dice su teatro. Brecht sabía, tan sólo, lo que este tipo humano necesitaba para su dicha: la colectivización justamente. A esta dicha habrá que obligarle. Para este mito deberá vivir, morir por él. En él será redimido por el partido tutelar y sus bendiciones. Bajo el señorío comunista, sin embargo, no pudo pasar inadvertida la duda de Brecht de si con esto sólo queda cumplido el sentido de la vida.

¿Quién era, pues, Bertolt Brecht? —Algo se nos revela aquí en la oscura peroración de su "Galileo", como prueba última: "Desilusión terrible cuando los hombres reconocen, o creen reconocer, que son víctimas de una ilusión, que lo viejo es más fuerte que lo nuevo, que los hechos están contra ellos y no a su favor, que todavía no ha llegado su hora. Las cosas, entonces, no están tan mal como antes, sino mucho peor, pues han sacrificado todo lo imaginable a sus proyectos, todo lo que ahora les falta, se han anticipado a arriesgarse y se ven ahora acometidos, sorprendidos: lo viejo se venga en ellos cruelmente". ¿Compartía Brecht la suerte de todos los que, habiendo empezado como revolucionarios, hubieron de ser domados y amansados por la edad y la experiencia? ¿O la de aquellos que, en el instante postrimero, velan y ocultan diestramente la crispatura de su rebelde corazón? — ¿O seguía siendo Brecht el viejo incorregible, el de siempre, el que, por ventura, tras su impenetrable sonrisa mongólica se siente a gusto en sus contradicciones, seguro en su mágica inasibilidad, invulnerable al engarre inmisericorde de lo real, justificado por el signo redentor de su fe? Cuando la "comisión del funeral", organizada ya para el caso de su fallecimiento, tomaba las últimas medidas, aún dio a un conocido de los prominentes de la zona este consejo: "Apunten que les he sido incómodo y que pienso seguir siendo incómodo. Aún hay ciertas posibilidades después de mi muerte..."